

estaba dispuesto á cometer crímenes inconcebibles en determinadas circunstancias, con seguridad puede decirse que no tomó las riendas del poder con intencion de abrir un período sangriento y cruel. Por el contrario, la alegría de ocupar tan esplendente trono y la que le produjo el exuberante entusiasmo con que acudían á él los romanos, despertaron buenos deseos, aun en aquella naturaleza viciada. Tratábase de conservar la benevolencia de los romanos y de hacerles felices, y en realidad durante bastante tiempo pudo conseguirlo. Una cualidad tuvo Cayo que conservó, aun en la época de sus extravíos, y era una actividad extraordinaria. En lo bueno y en lo malo le dominaban un apresuramiento nervioso y un violento apasionamiento; no se apoyaba en ningún ministro ni favorito, no temía nada ni á nadie, mostrando una febril actividad, pero algo inoportuna, como sucede con un hombre de poca comprensión no acostumbrado á los asuntos administrativos ni á discurrir con profundidad. Así pues, en un principio mostróse activo y algo capaz, especialmente ante el Senado. Con la general aprobación del pueblo pagó, aumentándolos, los legados que Tiberio había dejado en su testamento á los soldados y al pueblo; mostró el mayor respeto á los miembros de su familia, tanto á los vivos como á los muertos, y sorprendió á todo el mundo con varias disposiciones liberales. Suprimió la contribución sobre las subastas públicas, reducida ya á la mitad por Tiberio, y disminuyó la cantidad que pagaban los que recibían granos de los depósitos públicos, que era ya muy pequeña en sí. Cesaron las acusaciones por crímenes de lesa majestad; fueron desterrados de la ciudad los odiosos delatores; publicó una amnistía para todos los desterrados y los presos, y permitió que circularan los escritos prohibidos de Tito Labieno, Casio Severo y Cremucio Cordo.

Se atrajo la voluntad de la aristocracia estableciendo que podía apelarse á él de los fallos del tribunal de la alta magistratura y se ganó la del pueblo devolviendo á los comicios el derecho electoral que les había arrebatado Tiberio. Pero con lo que principalmente conquistó el afecto de todas las clases fué con permitirles de nuevo, contra lo que había hecho Tiberio, que se divirtieran con los bárbaros juegos, á los cuales era también aficionado hasta el extremo.

Ocho meses desempeñó el principado en esta forma hasta que cayó rendido por una grave enfermedad, durante cuyo período los romanos y los provinciales dirigieron ardientes súplicas á los dioses para obtener la curación de su bien amado príncipe. Desgraciadamente para el imperio y para la fama histórica de aquel emperador, sus ruegos fueron atendidos y Cayo se puso bueno. El tiempo estaba cercano en que los mejores elementos debían reconocer con sorpresa cuán terriblemente peligroso podía hacerse el colosal poder de un emperador romano en manos de un hombre que nunca había aprendido á dominarse y para quien la opinión pública, el sentimiento de justicia y la moralidad eran solo palabras vacías de sentido. El emperador había vivido hasta entonces en una especie de embriaguez intelectual que probablemente llegó al parasismo al temer por su vida. Es poco probable que la enfermedad que acababa de vencer hubiese perturbado su espíritu, como se ha dicho para defenderle. Era otra perturbación intelectual la que le dominaba, era lo que los profundos observadores de la historia imperial llaman *vertigo de la omnipotencia ó locura de los Césares*, y que no se observa solo en Calígula. A un hombre de dotes medianas, con educación incompleta y rudeza interior, sin freno intelectual ni moral, á un hombre que además se encuentra de repente con un poder que le parece sin límites, viendo ó creyendo ver que sus caprichos mas raros en todos sentidos no han de encontrar resistencia alguna mientras existan los

fundamentos materiales de su poder, que para Cayo eran la fidelidad de las tropas y el entusiasmo de las masas; á un hombre de esta clase se comprende fácilmente que pueda ocurrírsele la idea de probar en todos sentidos el valor y la eficacia de su *omnipotencia*, y solo depende de una línea el que esta visión enfermiza dé origen á actos grandiosos y racionales ó á crímenes horribles, mucho mas tratándose de un gobernante nervioso, caprichoso y acostumbrado á seguir la primera impresión.

Cayo, antes de su enfermedad, se había dedicado con bastante energía á su antigua afición á los goces sensuales; pero despues del año 38 se presentaron con mayor energía los síntomas precursores del próximo y fatal porvenir. Aunque durante largo tiempo no escasearon las disposiciones que le procuraban la simpatía pública, se oía ya hablar de hechos sangrientos aislados, entre los cuales el mas odioso fué la desaparición violenta de su primo Tiberio. Los juegos del circo y las luchas de gladiadores en grande escala le ocupaban exclusivamente, habiendo tomado partido por la facción *verde*, figurando como cochero en el circo, obligando á los caballeros romanos á luchar en público como gladiadores y tratándose solo con los cocheros, los comediantes y los pantomimos. Entonces empezó el joven príncipe, en imprudente oposición á la astuta política de sus antecesores, á hacer sentir palpablemente á todo el mundo su poder sin límites y á demostrar que no respetaba las antiguas leyes romanas ni en sus escarceos sensuales tenía consideración alguna al pudor ó simplemente al decoro. Tampoco tenía la mas pequeña noción del agradecimiento, y algunas observaciones del general Macron para que tuviera cierta continencia, dieron por resultado el que obligara á aquel general y á su esposa á que se dieran la muerte y el que hiciera ejecutar á sus hijos.

Pero cuando su principado se mostró mas destructor y sangriento fué al encontrarse con una sensible barrera de su *«omnipotencia»*, la *escasez de dinero*. Cayo en nueve ó diez meses derrochó el enorme tesoro que había reunido Tiberio, si bien es verdad que no se había gastado todo en los «juegos», sino que lo había sido por la tendencia y deseo del emperador de construir edificios útiles y grandiosos, parte en Roma y parte en las provincias, pero siempre extraordinarios. En el año 38 se empezaron varios de los colosales acueductos de la capital, viéndose obligado á gastar continuamente grandes sumas, colocando la hacienda del imperio en una situación lamentable, y teniendo para remediarla que emplear medios sangrientos ó viles. Entonces empezó la serie de procesos ante el propio tribunal del emperador, que por una parte satisfacían la creciente y cruel afición de Cayo á las ejecuciones, y por otra debían servir para llenar su caja por medio de las confiscaciones que las acompañaban. Tales procesos, dirigidos al parecer contra los cómplices de Seyano y los enemigos de la familia de Germánico, herían solo á las familias ricas de Roma; y para completar este procedimiento, en el año 39 retiró las medidas liberales que había adoptado anteriormente y restableció los procesos de lesa majestad. Esto produjo un descontento tanto mas profundo, cuanto que aquel terrible criminal empleaba desvergonzadamente el dinero adquirido de aquella manera en objetos que solo figuraban como caprichos y que daban una idea verdaderamente grotesca de la «divinidad» de la cual Cayo en su loca fantasía quería ser una parte corporal.

Entre estas locas temeridades, llamó entonces principalmente la atención un puente de barcas entre la Mola de Puteoli y una lengua de tierra que se introducía en el mar entre Bayas y Bauli, encima del cual se estableció una vía sólida por el estilo de la Via Apia, con acueductos y casas

de postas con el único y exclusivo objeto de que Cayo pudiese pasearse por ella, acompañado de su guardia, á caballo ó en carruaje, apareciendo como un triunfador y celebrando con una brillante fiesta en la primavera del año 39 «el encadenamiento del Océano.» Al lado de todo esto casi puede pasar por un placer inocente el que Cayo, mientras esperaba otra ocasión de mostrar su omnipotencia al mundo entero, se entretuviera en burlarse de los grandes personajes del tiempo pasado, dirigiendo principalmente su crítica incisiva y mordaz, aunque no siempre desecaminada, contra las celebridades literarias, y se le ocurriera desterrar de todas las bibliotecas las obras de Homero, Virgilio y Tito Livio.

La excitabilidad de Cayo no le permitió continuar viviendo en Roma; así fué que en el año 39 se le ocurrió la idea de probar de una manera grandiosa su poder en las Galias. Sus resoluciones en los asuntos del imperio habían sido bastante caprichosas hasta entonces. Motivos personales le decidieron, en el año 37, á quitar el mando de la legión establecida en Africa (Legión III Augusta) al próconsul senatorial de aquella provincia y colocar inmediatamente bajo sus órdenes al legado estacionado en Lambesa. A los mismos motivos se debió el arreglo de los asuntos de la Judea. El anciano Herodes el Grande había fallecido el año 4 antes de J. C. Como los hijos de aquel sangriento gobernante, de quien hemos hablado antes, habían sido víctimas de la recelosa crueldad de su padre, sus dominios se repartieron entre otros tres hijos, de los cuales, sin embargo, ninguno adoptó el título de rey. El «Etnarca» Arquelao debía administrar la parte principal, la verdadera Judea, con la Idumea y Samaria. La rica y floreciente Galilea, con Perea, tocaron al «Tetrarca» Herodes Antipas. En cambio el «Tetrarca» Filipos, fundador de Cesarea Paneas, tuvo la parte del Noroeste, especialmente los cantones de Traconitis, Auranitis, Batanea, Gaulonitis é Iturea. Conflictos entre los hermanos y sublevaciones en la Judea (que Quintilio Varo tuvo que dominar) y el descontento del pueblo con Arquelao, determinaron á Augusto á desterrar al Etnarca, el año 6, á Vienne en la Galia y poner su gobierno bajo la vigilancia del legado sirio, administrando el territorio por medio de un procurador imperial. La dominación de los romanos, soportable durante largo tiempo, no podía echar allí raíces porque la aristocracia y los sacerdotes habían reavivado el espíritu nacional judío, y este se sublevaba contra la dominación extranjera italiana. A pesar de ello, á la muerte del tetrarca Filipos, acaecida en el año 34, sus dominios fueron asimismo agregados á la Siria.

En Roma, y bajo la protección imperial, vivían desde la muerte de Aristóbulo, hijo de Herodes, su viuda Berenice, su hija Herodías y su hijo, ó sea el nieto de Herodes el Grande, llamado Marco Julio Agripa (ó Herodes Agripa), que había nacido el año 11 antes de J. C., y que con la esperanza de recoger la herencia del abuelo, procuraba rozarse con los príncipes de la corte palatina. En los últimos años de Tiberio buscó y obtuvo la amistad y el favor del príncipe Cayo, mucho mas joven que él, ejerciendo una pernicioso influencia por sus relatos sobre la manera de gobernar de los príncipes orientales. Este pretendiente Agripa, muy favorecido á la sazón por el emperador, salió el año 38 para el Asia, habiéndosele dado la tetrarquía de Filipos, aumentada en el año 37 con Abilene y la Celesiria, y en el año 39 la tetrarquía de Antipas, á quien Cayo, á ruegos de Agripa, había desterrado primero á Lyon y despues á España. En el año 41 el emperador Claudio le confió la Judea y la Samaria (y al mismo tiempo el principado de Calcis á su hermano); así fué que por fin Agripa, como «rey», vió reunidos de nuevo en sus manos los dominios de su abuelo.

Al lado de tales presentes, y de algunos de este género en favor de otras dinastías menos importantes del Oriente, sorprendió la ira de Cayo contra el rey de Mauritania Juba II, que regia el país como sucesor de Tolomeo desde el año 23 y había gozado de gran favor con Tiberio. Cayo lo llamó á Roma el año 40 y allí lo hizo matar, segun parece, para apoderarse de sus riquezas.

Las escenas que ocurrieron en la Galia durante la residencia de Cayo en ella tuvieron un carácter enteramente grotesco. Si en un principio el emperador se había propuesto por una parte poner fin á la situación dominante que había tomado hacia muchos años, en el Rhin, el célebre legado de la Germania superior Cornelio Léntulo Getúlico, y por otra el abrir la campaña para la conquista de la Bretaña, de la que desde César, se había cuidado siempre la familia imperial, pronto este objeto fué olvidado en medio de los actos locos y sangrientos que el carácter versátil del emperador le impulsó á cometer. Si bien en un principio la severidad con que hacia observar la disciplina aun por los mismos oficiales impuso al ejército del Rhin, produjo despues un efecto cómico una excursion al otro lado del rio, en la cual cogió como prisioneros á varios soldados de la guardia y celebró aquel acto como un verdadero triunfo. En cambio tuvo un carácter muy serio un decreto sangriento que publicó el año 40 en su cuartel general de Lyon ordenando la muerte de varias personas principales que le eran sospechosas y á quienes acusó de haber tramado una conspiración para quitarle la vida. Marco Emilio Lépido, antes amigo suyo y entonces viudo de Drusilla, querida con idolatría por Cayo y que falleció el año 38, y sus dos hermanas Julia y Agripina formaron un complot para acabar con el emperador. En aquella ocasión (el año 40), fueron ejecutados el temido legado Léntulo Getúlico y Lépido, y las dos princesas despues de haber sufrido las humillaciones mas incalificables fueron desterradas á las islas Ponzas. Es verdad que estas terribles escenas no eran nuevas ya en la execrada familia imperial, pero puede suponerse el efecto que produciría en los celtas, acostumbrados al excelente régimen provincial de Augusto y de Tiberio, el ver que el salvaje príncipe que tanto rebajaba la corona imperial continuara en Lyon el escandaloso sistema de hacer dinero con sanguinarias sentencias y peligrosas acusaciones contra las personas mas importantes de aquel país y socorriera su hacienda vendiendo en pública subasta interesantes antigüedades del palacio de los Césares romanos.

La reunión de un ejército de unos doscientos cincuenta mil hombres para la conquista de la Bretaña fué una vana demostración, pues Cayo á lo menos no pasó del puerto de Moriner, en el canal. Fuese que su demostración decidiera á los caudillos británicos á desviar de sí el ataque por medio de una formal sujeción y de ricos presentes, fuese por otro motivo, el caso es que la tradición nos da á entender que Cayo concluyó aquella inocente expedición con un paso cómico, dando orden á los soldados, enriquecidos con presentes, que recogieran mariscos en la arena «como despojos arrebatados al Océano.»

Cuando á fines del verano del año 40 regresó á Roma, su modo de ser tomó aun un carácter mas disoluto. Además de que el descubrimiento de una nueva conspiración le indujo á ser aun mas sanguinario, teniéndose como se tenía á sí mismo por una divinidad viviente, y por lo tanto gustándole presentarse con el traje de los distintos dioses y diosas del mundo greco-romano, no solo instituyó en Roma un colegio de sacerdotes destinados á su culto, sino que ordenó á las provincias, que prescindiendo de las nobles antiguas estatuas de los dioses, le reverenciaran en los templos de estos. Tal